MÓNICA.

Mas ahora que ni zumba
Ni suspira el viento flébil,
¿Qué luz se levanta débil
De aquella modesta tumba?
Triste como la mirada
Postrímera de un amante,
Pálida como el semblante
De una vírgen deshonrada.

RAMON I. ALCARAZ.

AGITADO el corazon
Por un presagio secreto,
Con religioso respeto,
Penetré en el panteon.

Triste silencio reinaba
En la mansion funeral;
Y aquella calma glacial
El alma tambien helaba.

No daban ya luz alguna
Del sol los rayos inciertos:
Tibio resplandor de luna
Acariciaba á los muertos.

Ni una imágen, ni un acento
Simpático con el mio!
La incertidumbre y el frio
Mataban mi pensamiento.

Oscuro manto la duda
Sobre las tumbas tendia:
Allí la materia muda
Como la nada yacia!

Ni una señal del destino
Sobre las huesas calladas,
Ningun misterio divino
En las cenizas heladas!

Interminables hileras
De sepulturas iguales,
Inscripciones funerales
Llenas de necias quimeras. . . .

Mas una tumba alumbrada
Por melancólica luz,
Y una romántica cruz
Magnetizó mi mirada.

Era la inscripcion lacónica,
É inclinándome un momento,
Con el rayo macilento
De la luna, leí: «Mónica.»

A ese nombre tan sencillo,
Palpitó mi corazon
Con repentina emocion,
Y perdió mi vista el brillo.

Era aquella una muger
En estremo seductora,
Simpático ser que llora,
Dulce ensueño de placer.

Hasta tocar en locura
Exaltada y amorosa,
Sensible, cándida, pura,
Y en apariencia orgullosa. . . .

Desde que la conocí
Sin comprender bien por qué,
Ardiente impresion sentí
Que jamás olvidaré.

Y aun en su tumba tenia
Una voz para su amigo;
De mi tormento testigo
A mis dudas respondia.

Cayó una lágrima ardiente
Sobre su nombre adorado,
Con respeto arrodillado,
Puse en su losa mi frente,

Y le pregunté á la hermosa:
¿Qué es para tí el Creador?
Y en mi mente tenebrosa
Surgió *un pensamiento*:—«amor!»

La doliente humanidad
Que llora y padece aquí,
¿Qué debe esperar allí?
Y alcancé dentro de mí
Un sentimiento:—«piedad!»

Entonces me separé
De aquella amiga querida,
Como siempre que la hallé
Por mi ventura en la vida,
Lleno de entusiasmo y fe!

A EMMA.

FELICIDAD FUGAZ.

Te acuerdas? . . . melancólica la tarde
Su vaporoso manto recogiendo,
Íbase lentamente desprendiendo,
Del valle ameno, y de su lago azul.
Tras el sutil ramaje de los sáuces,
Grato al misterio del sepulcro frio,
De México el hermoso caserio
Bañaba el sol, con moribunda luz.

Nuestra barca en las aguas resbalaba
Dulce, apacible, sosegadamente,
Como resbala en la serena frente
Tímido beso del primer amor.

Y á par del grato inesplicable arrullo
Que la onda forma, apenas conmovida,
De una guitarra, blandamente herida,
Trajo la brisa el armonioso son.

Tu hermosa mano de mi eterna pena
Pedazos hizo el cáliz inclemente:
Calmó mi afan, se iluminó mi frente,
Sentí latir tranquilo el corazon!
Y reclinado en tu amoroso seno
En mágicos ensueños me adormia,
Oprimiendo tu mano con la mia
Con el fuego que inspira la pasion!

Tus bellos ojos, que aman espaciarse
Por el azul del trasparente cielo,
Miré al través del delicioso velo
Que tendia sobre ellos el placer.
Tus torneados brazos de alabastro,
Envidiados acaso de otra hermosa,
Formando una cadena deliciosa
Aprisionaban mi ardorosa sien. . . .

Dulce ilusion! acariciaba el aura
Blanda mi oido murmurando «te ama»
Al abrasarme la ardorosa llama
De tu alma reflejada en tu mirar.
Y en silencio mirábamos perderse
Las sombras del paisaje una por una,
Y ni nuestra barquilla en la laguna,
Ni las horas sentimos resbalar! . . .

¡Grato recuerdo! tu fugaz imágen
Eternamente vivirá conmigo!
Do quier que, favorable ó enemigo,
Mi rota barca empuje el aquilon.
Solo tú logras despertar un eco
Dulce de amor en mi doliente lira;
Y tambien de la hermosa que lo inspira
En el ardiente noble corazon!

LAS RUINAS DEL CONVENTO.

Todo pasa en este mundo
Como sombra transitoria,
Solo dura la memoria
Que deja la caridad.

JOSEFA SIERRA.

I

PÁLIDO resplandor vierte la luna
Sobre el desierto claustro: en son doliente
Se queja el viento en las informes ruinas,
Templos ayer de mundanal fortuna,
Hoy asombro y escándalo á la gente
Que las creyera eternas y divinas! . . .

Aquí, entre polvo, mutilada yace
La estatua que en altar resplandeciente
Del sacerdote recibiera incienso. . . .
Allí apenas descúbrese la base
De una columna rota. . . . el arco inmenso